



Universidad
de
Antioquia



Departamento
de
Bibliotecas

ciclo de poetas

GABRIEL JAIME FRANCO



Biblioteca U. de A. 1o. Piso, jueves 13 de Agosto 1981 6:00 p.m.

CONSUMICION Y TRABAJO

*“Si en algún lugar del espíritu me
preguntaran por un hombre sincero
daría su nombre, el teléfono de su
casa y el de la orfebrería”.*

L.I.

Esperando que crezcan los alimentos como en una pintura rafaelista, penetro al “inmenso, bellissimo laberinto...que probablemente sea todo, absolutamente todo”.

Las hojas dispersas del libro incompleto -por las circunstancias- van saliendo perfectamente del epígrafe.

Me doy prisa. Comprendo: veo que no guarda miramientos con quien está dentro de nosotros. Padece porque presta suprema atención a cualquier cosa: pero cualquier cosa es la danza de los cortejos cotidianos del hombre, la desolación, el aburrimiento, y la inexorable estupidez del transeúnte. Ve que “alguien está siempre al otro lado del puente y no es alguien que te espera”. Siento la soledad en cada línea. Y “al ensueño donde se preña el tiempo venidero”.

Pienso en Valery: "Estoy solo ¡ Cuán confortable es la soledad! Ni el más liviano peso...El mismo ensueño aquí que en la cabina del navío, que en el café Lambert...los brazos de una Berta, de adquirir importancia, me enajenarían como el dolor -el que me habla, si nada prueba, es un enemigo-. Prefiero el destello del menor hecho que acaece. Estoy sentado y viéndome. Viéndome ver, y así sucesivamente. Pensemos más de cerca... Bah! , uno se adormece con cualquier motivo...el sueño continúa un ideal cualquiera".

El laberinto se recuesta cada vez más en la oscuridad: toca a las puertas del viaje: una posibilidad de olvido, la facilidad de una sacudida, el encuentro con una nueva vida.

Se topa con Cendrars en una mañana en que "el repentino miedo de una pesadilla lo ha expulsado del sueño". Y con Durrell en una biblioteca de Atenas. Pero el viento arrasa el viaje. Siempre está lejos, no sabe de qué o quién. Está desarraigado.

El desarraigo... Toca al espacio de la mujer pero es allí donde más revolotea la mosca de la desesperación y de la duda. Muchas veces, cuando la mujer aparece, se siente el sucio puerto con edificios destartados y Jack gritando: Lou, Lou! (Dylan Thomas).

El laberinto se abre en un cuenco de perlas, y cae uno en su "única sabiduría: el destino, la muerte". Como en Navokob, sabe que los "favores que imparten conocimiento sobre la muerte son infinitamente más hermosos que los del amor". Los retirados de la vida navegan en su sangre y se hace más penoso el peso del corazón. La muerte es de la totalidad, y "nadie parece advertirlo".

En los infinitos umbrales en que se ha hundido su alma, se ha quedado un poco de pensamiento, hasta que se siente "Bruto", y sólo le queda el corazón, "Un corazón cansado y cansado por la busca" (Edgar O'hara).

Pero aquello a lo cual se ha entregado, lo fortifica, lo lleva como la copa de un árbol sobre sus agujereadas hojas: La Poesía. Como poeta, agoniza lentamente, y de "berrido en berrido enfrenta los nuevos días", fumando el cigarro de Trocadero: "no tiene recuerdos en la mañana, en la noche es milenario, y disfruta de la granada que desconoce y de la guayaba que come todos los días" (Lezama Lima).

PENUMBRA

*“Mientras ustedes se abandonan en las
manos de la tarde buscando a Dios, yo,
en tanto, me sumerjo en el cuerpo de
la noche, encontrándolo”.*

Eduardo Peláez

La penumbra canta silbos de paz entre follajes, aunque la noche sea un pedazo de eternidad sobre los caballos salvajes del miedo.

En las colinas sobrevive, crece el rumor cristalino de los grillos; en las colinas sobreviven, crecen los combates que anuncian una muerte; crecen incontenibles en las colinas el miedo y los follajes.

También sueñan los cautivos del insomnio, esos hombres que buscan la eternidad en la penumbra, en las calles desoladas donde todo habla de la muerte.

(La Noche! : cussshissheos cussshissheos, rastros móviles del ansia, el miedo que se afelpa en la inmensa comba punteada, la luna y su boca abierta como el grito de una mujer cuya muerte abre una daga, una música lejana en el corazón que bulle, la impresionante batalla noctámbula de un hombre que aún busca a Dios oteando por los tabiques del ansia).

Ciertamente, uno ve que el silencio se mueve lentamente, como una niebla espesa, uno cree poder partirlo a navajazos o a gritos, pero algo como la silueta de una mujer que dobla una esquina le mete al cuerpo incertidumbres, presagios y deseos. “Oh: ábreme tu corazón, pequeño numen, pero también tus piernas”.

Manotazos de ansia resuenan en la noche.

Para Eduardo Peláez

TIEMPO DEL ESTIAJE

Solo, bajo el alero de la palabra y sobre el borde quebradizo del día: un poco más y perderé el hilaje preciso de las horas.

Alguien va a morir dentro de poco, su grito dibujará un rayo pavoroso sobre el cartón espeso de la noche, antes precisamente o durante mi vaporosa dulcía, estos pájaros implumes que nacen al estirar mi mano.

¿Estarás entonces tú aquí, pájara pihis, para recobrar tu otra ala en la muy aconsejable comarca de la noche o acaso, coronada por un antiguo temor que vuelve y revuelve, estarás llena de palabras florecidas en el ansia? O bien vendrás dispuesta de cuerpo al festejo de la noche!

El tiempo del estiaje, amor, se lleva nuestras mejores aguas: he aquí la seca y erosionada playa de mi voz.

¿De qué sima inaudita brota este parterre negro sino del piélagos negro de la infamia? Se está tan bien en casa, la música metiéndose en los cuartos como la niebla sintética de un concierto... ¡Y tu cálida voz que se quedó irremisiblemente aquí como el último grito de un minero aprisionado!

Quiero que un pájaro sin nombre salga por mi boca como un platillo de tiro, ser un sueño que ha escapado de su jaula enjorada.

Pero vendrá de algún modo o alguna parte el cansancio y yo dormiré como un cristiano decente, celebraré al descuido mi danza de fantasmas, cosa más triste que si no hubiera tenido infancia o la maleza que crece en el hangar inútil de los muertos.

Quizá moriremos en esta ciudad tan odiosa y amada como una angustia, y no se nos oirá ya más... si alguna vez eso pasó. Pero alguien sentirá clavarse bajo su piel el pico de nuestros pájaros implumes, alguien será herido a vida o muerte por nuestras flores tocadas de hollín.

Para Margarita Cardona.

DESDE EL VUELO DE LAS PALOMAS

Recorrer una calle latina me reconcilia con la tristeza, Una imagen me basta entonces para saber con certeza que la vida tiende incesantemente hilos transparentes que abren puertas al asombro. Como una flecha disparada hace mil años, la tristeza se me clava oblicua. La risa, en cambio, se viene en oleadas horizontales que van enroscando el cuerpo. Pero en todas partes me deslizo, en todas. Hay ocasiones en que la mirada se me pega a otro cuerpo como una lapa, y nada hay ahí que pueda hacer, salvo recordar una música muy lenta y dulce o una tarde de invierno talvez. Soy de los que quisieran tener todo el tiempo para perderlo o para perderme en el laberinto inacabado de las preguntas: pero soy también de los que van de fuga en fuga, batiendo perezosamente mis brazos, como quien ha perdido el aire. De la palabra me aferro como quien asciende por una vara de premios: pero arriba están los valles grises del destierro: toda la poesía es extranjera. Toda. Está en los lugares en que tipos son perseguidos y asediados por una cantidad indefinida de fantasmas o bien aquel que, en el dédalo de su soledad, desarrolla una secreta alquimia y habla de la muerte como de una prima hermana de la que estuvo tercamente enamorado. La muerte se me antoja salobre, con branquias y estrellera y lunática tal un cromo melifluo, aunque la cubre un velo opaco y transparente, poroso o en pequeñas perforaciones hexagonales como de panal. Confieso como una culpa el haber visto la muerte tan sólo en la trastienda de un sueño nocturno en el que desde una torre medieval oteaba el horizonte con la mirada petrificada de un sapo. Como una culpa también a la locura como un pasillo larguísimo y de paredes muy altas que dejaban ver en su parte superior unas rejas de color negro metálico con, de vez en vez, manos aferradas o rostros. No espero un perdón por ello puesto que lo confieso como una culpa. Sé que habito la penumbra o, al menos, que mantengo la luz a mis espaldas: eso explica que pise a cada instante mi sombra y que mi sombra se encargue de anunciarme a quienes tengo delante: así los demás saben dar sus rodeos ruborosos y alejarse antes de encontrarme, con lo que pienso si sí seré yo quien está en las canteras del sueño. Pero sé que estoy inevitablemente pegado a la vida, inevitablemente. Y en los guiños de ojo de la muerte: los guiños de ojo de la duda o los recuerdos azulados de mi madre: no puedo entonces menos que sentirme presa de una felicidad extrema y triste, comprar un paquete de crispetas y sentarme en el parque a pensar en el vuelo de las palomas. En la pesadez de los pasos de la pobreza. Y en un loco callejero de irlanda, yo no sé porqué.

Para Alberto Rodríguez

DURRELL

Yo visité a Durrell en un sueño
me parece que fue en Alejandría
o en un bar del Cairo
en el que artistas miserables
arqueados como fetos sobre las mesas
prolongaban la insatisfacción de sus deseos
sobre copas de vino rojo
— y me fugué de sus tristezas:
por un instante me parecieron simios
chupando agua de coco —
Me parece que fue también
en los templos fríos, creo, de Sapho
y en cuyos jardines un hombre
pastoreaba su dolor en los recuerdos
mientras veía un panorama de niños anarquistas
Y creí verlo en una biblioteca de Atenas
hablando tranquilamente con una mujer
llamada Justine
(ella hablaba de otro hombre con una cicatriz
profunda en la cara, de una mujer que no poseía
nariz, de un baile de carnaval y del miedo)

Y había cosas realmente extrañas
un paisaje de tupidos follajes
un hombre que vivía en una playa rocosa
y eso que dijo al final
Yo no sé si fue en un sueño
o en uno de sus silencios grafiados
pero yo lo oí
lo dijo así:

“Otra vez del vientre de la razón
han arrancado el deseo como un higo negro”

Cansado de tanta palabra
tantas veces repetida,
Harto de la larga y estéril
oración de los transeuntes,
Me marcho deseoso a tu cuerpo
a descifrar la caligrafía de tus ojos,
la milimetría de tus gestos,
a perderme
en el último
y más delicioso
lenguaje.

PALABRAS AL QUE VUELVE

Alguien sabrá decirte cuando vuelvas que la vida es la misma y que nada crece tanto como la peste o el inusitado amor de un impotente;

que la milicia aún brilla sus fusiles como ún viejo que se masturba o que hay un general fetichista que sólo hace el amor frente a la foto de un hombre que cuelga de una bayoneta;

que florece impávida la muerte como siempreviva;

que aún en este tiempo no se engendra la nostalgia a falta de un mejor pasado;

que al país aún lo conducen los dropes mientras en los hombres crece incontenible el sueño;

que se han vuelto tan opacos los cristales por los que el deseo oteaba insistentemente que no habrá de sorprenderte el ruido inmenso de algo que se quiebra;

que la ciudad se está llenando de más y más locos y que por las noches no sólo se liba el vino sino el ansia;

que aquí hay poetas que mantienen una risa de complacencia que nadie, nadie se explica y que, seguramente, como algo que está en el aire y cae, otra vida se gesta en los cautivos del insomnio, en los desvencijados cuartos donde el hambre se apiña y en el silencio grafiado de los solitarios.

ABSORBIDO

Tengo épocas en que soy absorbido. Una suerte de ceguera interior que he terminado por agradecer hace que me lance por los meandros de caminos que antes ignoré pomposamente, presa del miedo. Aparezco súbitamente en barcos extraños donde la gente habla una lengua imposible o bien mujeres que se desnudan y entonan rarísimos cantos suplicantes a dioses imprevistos (Ah: hundir mis dedos en sus carnes, en sus cuerpos regordetes y flácidos).

Lo que no me abandona jamás, jamás, jamás, es la angustia, de donde se sigue que los contrastes que se presentan en las orgías paganas en las que he aparecido sean risibles. "Miren a ese - dicen - :tiene los ojos hundidos; vamos a desnudarle y a tatuarle el sexo con los ojos del gran sacerdote". (Razón por la cual tengo en el falo dos ojos pequeños y arrugados, de un tinte azul prusia, dos ojitos pequeñitos que se crecen a la hora de los instantes exquisitos)

Me suceden cosas asombrosas, en verdad me suceden cosas asombrosas. Un día aparecí en una reunión citada de poetas. Pero todo me sucede como si fuera lo más natural: es luego que vienen el olvido o el asombro, las preguntas de siempre y las visiones dolorosas del hambre y la muerte: es aquí donde empieza otro camino, diría el mfo, donde en palabras sencillas enebro la impotencia, cito con premura mis visiones de infancia, o me encierro convencido de que me persigue un enorme, grasoso y rugoso militar. Es también aquí donde hallo que a mis desgarraduras (tengo desgarraduras), que a mis desgarraduras le siguen más desgarraduras, razón por la que una mujer de voz argentina debe soportar mi asedio o yo, batido en retirada, construyo los torpes cantos del solitario irremediable. Me sucede enamorarme de una mujer que pinta atardeceres melifluos y rojos y sus labios de rojo melifluido: tiempos difíciles, tiempos difíciles. Entonces habré de recorrer las calles como mendigo viejo con mi escudilla de ausencias: no habrá de faltar un barco para navegar en lo que otra vez será el asombro.

Un día me marché de aquí, pero al cabo ví que también en los países ignorados había nubes blancas, praderas cortadas por el agua, casas enormes rodeadas de rejas y locos, también había locos y poetas. Volví entonces donde la siempre-viva, la siempre-amada: mi madre. Y me dijo: "¿para qué te fuiste? Sé muy bien que aquí estarías igual, con la misma sed de lejanía, y en todo caso no tendrías esas horribles marcas en la piel".

APALEADO

Apaleado. Decididamente apaleado. De naufragio en naufragio; torpe ciego en el dédalo de mis dudas, yo imploraba tan solo una vieja canción de infancia. A tropezones. Decididamente a tropezones engullía el tiempo. El equilibrio no era exactamente mi fuerte. A garrotazos. A garrotazos supe que la vida sería larga como una tarde de verano o como el abismo que tienden la poesía y uno que otro beso. (Por los abismos de la poesía supe caer, deslizarme sutilmente). Yo viví el oficio que imponen la ausencia y los grandes ausentes, y por las noches sentía un frío y un miedo largos, inmensos. Tuve también la visión memorable de una bella mujer cruzando las plazas, un encuentro y la conversación desatando el hilo de las coincidencias. Tuve y fui todo eso. Ahora es este cansancio, este vasto y temprano cansancio. (Y la tristeza de la lluvia traqueteando en los tejados).

FISURAS

A mí, al menor descuido, se me abre una fisura. Es algo completamente inevitable, completamente. Todo lo que veo desencadena en mí una suerte de tristeza, y es ahí que con sólo salir a la calle y mirar a las muchachas que compran la leche -filadas como fichas de dominó o como un ejército hambreado- me comienza una fisura por los lados del colon, que se mueve y termina por situarse en un lugar irreconocible. Es la tristeza. Yo podría muy bien salir y mirar como quien mira sus propios nervios oculares, pero he ahí que me agarra un dolor en la frente y la gente, además, huye espantada y murmurando cosas ininteligibles. A mí sólo me alegra el sopor de la noche y el ruido que produce el viento al arrastrar las hojas secas de los árboles: la ilusión de un otoño esperado por siglos. Si no estuvieran esas muchachas comprando la leche, tendría de cualquier manera que tomar el bus, y tomar el bus me es hierro, me es roca, porque al instante veré las colegialas enchapadas en sus dulces uniformes respirando el aire enrarecido del bus como rey que recorre sus dominios, pero sin embargo con un temor visiblemente disimulado. No puedo tampoco siquiera decirle al hombre que está a mi lado que la vida es una continua herida, porque el hombre no hará otra cosa que reafirmarlo condescendentemente y luego hacerse el estúpido mientras mira los balcones de las casas a través de la ventanilla grasienta del bus. No tengo la culpa si una señora con un canasto repleto de huevos es un asunto incomprensible o si el crepúsculo es la cara real del ansia. Soy un tipo sin arreglo, definitivamente sin arreglo: cada paso me es pregunta, me es duda; cada visión, una fisura, semejante a la que abren los recuerdos dulces, dulcísimos de una infancia entre montes y ranajales. Lo que no puedo hacer, en todo caso, es cerrar los ojos, porque tengo que mirar en mi interior, donde no se ve otra cosa que un país de desterrados. Lo que más me gusta es dormir, siempre que puedo o siempre que una de mis súbitas conmociones nocturnas no lo impida; o cuando mi padre lo permita, porque mi padre, invadido de un insomnio indómito, comienza a pasearse por los cuartos con machacazos de nostalgia bajo las pantuflas. Para él también lo mejor el reino tumultuoso de la noche, allí donde no hay memoria y el deseo es una fiera que no domina el tiempo. En este país, lo sé, el invierno níveo y el otoño son medidas del sueño más redulce, pero verano y lluvias siguen tejiendo secularmente el tedio y esta innoble sensación de impotencia. Los años pesan como plomo y a la noche no logra cruzarla un poema. Los años pasan como pluma y el silencio concentrado de la noche agranda las fisuras.

PALABRA

Vuela, se sumerge, asciende
La poesía funda una comarca de luz imaginaria
En la noche de los hombres.

Quema y vuela.
La poesía no es asunto de palabras
Inventa el fuego del espíritu
Reanuda el vuelo del sueño
Y es el deseo que se enciende
Por la tibia ceniza de las palabras.

Es un brasero alado.
La poesía no es asunto de palabras
Es la piedra de Sísifo que descende
Hasta la sima de los hombres
Y es un bosque de siempreviva y hiedra
En donde la vida se afianza.

Es "La flor de las cloacas"
Prisma de cristal en la noche de piedra.

La poesía no es asunto de palabras
Ni una catedral de linotipia
Es el ojo en donde mueren mil camellos ahorcados
La pústula en la piel de la costumbre
Y un avioncito de papel que sobrevuela
Los escombros de la guerra.

Quema y vuela. Escinde.
Lugar donde el poeta es conejo y mago
Exilio y reino su palabra.

Pero no es aun la otra mano
Cotidiana de los hombres i

El poeta es más solitario cuando advierte que la poesía es en mucho ese fuego interior inmenso e inefable que precede al poema. Este estará más tarde vaciado de sentido por mil hombres cuyo oficio es hablar del poema de un modo que más bien se aleja de ese fuego del que el poeta se enamora para siempre.

Sólo un poeta podrá redescubrir, en las cenizas que son esas palabras, ese fuego. Y será otro fuego igualmente bello.

En el poema queda para siempre esa ceniza tibia que se avivará al soplo de otro solitario en los pliegues del mundo.

Y el poeta íntegro deberá luchar para que ese fuego sea un fuego anónimo y para todos los hombres.

Algunos críticos son, de este modo, el cuerpo de bomberos que la poesía no llamó nunca. Hacen de ese fuego una ceniza mojada semejante a la señal de la cruz en la frente de los culpables.

Estas primeras palabras hablan del miedo. Y se leen con miedo. Se trata del hecho de estar aquí, ahora, con ustedes. Parece ser un miedo pueril si se lo compara a aquél en el que la muerte tira sus cartas y en el que la noche y la muerte alcanzan a un hombre en la búsqueda de algo mejor para los hombres. Hay unas bellas palabras de Bataille que ilustran mejor lo que digo: "Evidentemente, sufría, pero no ignoraba que ese exceso de sufrimiento era, en cierto sentido, voluntario; nada tenía que ver con el dolor sufrido, sin recurso, por el prisionero torturado, por el deportado al que abate el hambre y por los dedos que sólo son una llaga avivada por la sal".

Aunque el poeta sienta que el mundo entero le llueve sobre su espíritu en el acto de la creación poética, se tiene en este acto una profunda y como dolorosa y feliz acción solitaria. Lo mismo sucede con la lectura de algunos textos de una rara profundidad. Pero la belleza intrínseca de hacer de la poesía un acto colectivo, aunque revista temporalmente esta fachada de seriedad y silencio y quietud, es totalmente nueva para mí. Este miedo supone, pues, una imponderable alegría íntima: la de estar aquí, ahora, con ustedes.

Mi poesía no quiere ser otra cosa que una chispa de luz desprendida de las piedras nocturnas. Quizá, a fuerza de golpear la roca, un día lo consiga. No sé si éste es un pensamiento esperanzado o desesperanzado; de un lado, supone la existencia de la oscuridad, que es histórica, y en consecuencia, interior. Pero supone, al mismo tiempo, el anhelo del "maravilloso milagro de la luz" (El verso es de Apollinaire).

En este sentido, del anhelo de luz, es que desprecio la nostalgia, esta depredadora del sueño de que está plagada nuestra poesía. Ningún pasado ha de ser mejor a nuestro anhelo del porvenir. Ahora, si este anhelo asciende sobre una diadema de esperanza o bajo el humus de la desesperanza, no es, en todo caso, desesperado. Y la sensibilidad sabrá preparar el sendero. La historia ha sido tan miserable que no merece nuestra desesperación.

Quiero terminar este ligero temblor con unas palabras de Camus: "Si el hombre tiene hambre de pan y de brezos, y si es cierto que el pan es lo más necesario, aprendamos a preservar el recuerdo del brezo. En el corazón más sombrío de la historia, los hombres de Prometeo, sin cesar en su duro oficio, guardarán una mirada para la tierra y para la hierba incansable".

Quiero añadir una vez más: El significado intrínseco de un acto de esta naturaleza hace más bella la distancia entre la muerte y nosotros mismos. No importa que las cosas me salgan más o menos mal.



GABRIEL JAIME FRANCO

Medellín, 1956

Codirector de la Revista Siglótica finalista en el Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, 1979. Ha publicado en las revistas: Señas en la Hoguera, Gaceta, Siglótica y Fenix, Semanario La Patria.

Tiene dos libros inéditos: Tiempo del Estiaje y El Camaleón Cenizo.